



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Vivamos nuestro ministerio

Exposición del Mensajero del Eterno

LOS caminos del Eterno son gloriosos e inefables, entusiasman a los que son bastante sinceros para aceptarlos; pero cuanto más los hombres son egoístas, menos son sinceros, porque el egoísmo y la sinceridad no pueden ir juntos; no se armonizan el egoísmo con la rectitud. Por eso, cuanto más egoísta es una persona, menos facilidad tiene para reconocer el mensaje de la verdad.

Los más accesibles a la verdad son los que han sido más probados por la adversidad. Estos han podido convencerse de ello con lo que ofrecen a los humanos el mundo y las religiones; pues es verdaderamente muy poca cosa y no puede satisfacer a un corazón que suspire por el consuelo y el confortamiento.

La obra del Eterno ya ha sido presentada a los hombres en el antiguo pacto por medio de símbolos en el seno de la nación de Israel. Era la imagen de lo que se manifestaría más tarde con poder y gloria. Para ayudar al pueblo de Israel a comprender el programa divino, la institución del tabernáculo simbólico en el desierto, con el sacerdocio aarónico, era una magnífica ayuda.

El funcionamiento del tabernáculo era un símbolo admirable de la redención que sería traída más tarde por nuestro querido Salvador. Este símbolo hacía ya mucho bien a los que ponían en él su corazón; esto despejaba su conciencia y les procuraba el descanso del corazón. Es como para nosotros cuando tomamos la copa durante la Cena pascual.

Los israelitas, pues, habían recibido maravillosas instrucciones, por medio de las cosas simbólicas que habían sido establecidas en medio de ellos. Estas ya hubieran tenido que tocar profundamente su corazón; pero este no fue el caso, y no pudieron sacar de estos símbolos la bendición que contenían.

Por eso, cuando vino nuestro querido Salvador a la tierra, no quisieron recibirlo. Se aferraron a las cosas simbólicas teóricas, y no a las cosas verdaderas, porque no eran capaces de seguirlas.

No era difícil discernir un tabernáculo en el desierto, con todas las manifestaciones exteriores que lo acompañaban. El templo de Jerusalén, el sacerdocio con toda su gala, luego el sumo sacerdote con sus vestiduras santuosas; naturalmente, todo esto causaba gran impresión en todo el pueblo. Mientras que reconocer y aceptar al Señor Jesús, que venía sin demostraciones exteriores, sino solamente con la influencia del espíritu de Dios, era muy distinto. Esto requería tener un corazón sensible y bien dispuesto.

Actualmente es lo mismo con el real sacerdocio. No es un tabernáculo visible que se

manifiesta en el seno de los seres humanos. No hay todo el aparato exterior de vestiduras, ritos e instrumentos de todas clases para atraer las miradas y causar impresión. Es dentro del corazón que se manifiesta el tabernáculo verdadero por medio de la fe.

El sumo Sacerdote, es nuestro querido Salvador, y es solamente por la fe como podemos discernirlo y presentarnos ante él para que nos ofrezca a nosotros mismos en sacrificio, y no a un animal. Y el sacrificio se realiza tan simple y discretamente, que es preciso la comprensión divina para entenderlo.

El sacrificio se realiza con la propiciación que hacemos sin ostentación, devolviendo bien por mal, pagando por los culpables. Lo realizamos humilde y simplemente al dar nuestra vida cuando el Señor nos la pide, con una fe y una convicción verdaderas que nos vienen por medio del espíritu de Dios.

Es este un ministerio que puede realizarse solamente por la fe y la sinceridad. Es por lo que ha habido muchos llamados durante la edad evangélica, mas pocos escogidos, y se ha necesitado tanto tiempo para encontrar al pequeño rebaño. No es cuestión de introducir el Reino antes de que sea encontrado el pequeño rebaño. Todo se manifiesta en su tiempo.

Hay muchas cosas que son impedimentos para los consagrados, y que pueden hacerles perder la carrera. Yo veo a ciertos amigos que se dejan coger por el orgullo; este es un inmenso peligro. Hay otros que no son dóciles, que no escuchan, y que piensan saber más, lo que es igualmente un impedimento capital.

Los hay que se dejan distraer en otra parte por toda clase de lecturas, las cuales no proceden de la sola y única fuente que viene del Eterno. Esto es también una cosa que intercepta el poder de la gracia divina, pues no es el momento de tergiversar.

El tiempo apremia y el Ejército del Eterno ha venido, y para el pequeño rebaño se trata de afirmar su vocación y su elección. Es el momento, pues, de saber lo que queremos. Si no corremos la carrera con todo nuestro corazón, la perderemos. Conocemos el programa de un discípulo: pagar por los culpables, realizar su sacrificio, no quejarnos, tener sólo el pensamiento de amar, consolar y dar nuestra vida a favor del prójimo.

Un consagrado que se queja muestra que no comprende para nada su ministerio. Las injusticias que se nos hacen nos dan precisamente la posibilidad de realizar nuestro ministerio. El Señor nos ha dicho: "Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra, y al que te quite la capa, no le niegues la túnica."

Por tanto, la vida del discípulo es una vida continua de abnegación, de sacrificio y de pago en favor del prójimo. El discípulo no debe nunca reclamar algo para sí. No cabe duda de que el que vive fielmente este programa cambia de carácter a ojos vistas, y finalmente en su corazón no queda más huella de amargura.

Como lo he dicho a menudo, estemos contentos de tener enemigos. Esto nos permite controlar los sentimientos de nuestro corazón y de transformarlos cuando no están de acuerdo con el pensamiento divino. Lo que debe inquietarnos es cambiar nuestro corazón, y todo lo demás no debe preocuparnos.

El Señor tiene cuidado de todo, con tal de que tengamos la fe y la obediencia, y que estemos animados de este sentimiento: Como el Señor quiera, donde quiera y cuando quiera. De esta manera estamos siempre de acuerdo con todo lo que se presenta, porque sabemos que es el Señor quien lleva la barca.

Después de haber pagado, reparado las brechas, soportado las injusticias, devuelto bien por mal, renunciado y dado nuestra vida, viene la contrapartida, el regocijo de los hijos de Dios, el sentimiento de la aprobación del Eterno que dice: "Bien, buen servidor y fiel, entra en el gozo de tu Señor." Este momento es inefable, glorioso, infinitamente dulce y benéfico para el corazón del discípulo fiel que recibe la plena aprobación de su Maestro.

El Señor quiere ayudar a la humanidad desgraciada y le da el real sacerdocio. Pero se ha necesitado mucho tiempo para formarlo, porque no podía ser educado con el temor ni por fuerza y todos los que han sido llamados no han manifestado la seriedad necesaria.

Cuando se llevan los vasos del Eterno, no se trata de pensar en sí mismo, sino sólo en lo que se lleva. Por tanto, si somos introducidos en este grandioso ministerio, debemos tomar a pecho el purificar completamente nuestros pensamientos y nuestros sentimientos.

En el antiguo pacto, en el seno del pueblo de Israel, los primogénitos simbolizaban al pequeño rebaño. El resto de la familia era el símbolo del Ejército del Eterno, que salía de la tierra de Egipto para entrar en la tierra prometida, lo mismo que ahora, bajo la conducta del pequeño rebaño, el Ejército del Eterno sale de Babilonia para dirigirse a la tierra prometida,

Esta salida de Babilonia transcurre en el corazón, porque es primero en el corazón que debe manifestarse la tierra prometida con los sentimientos realizados. Esto depende de los esfuerzos que hacemos, hay hermanos y hermanas que se encuentran bastante fácilmente en la tierra prometida, mientras que a otros,

cuyo carácter está relativamente falseado, les cuesta mucho trabajo encontrarse un solo instante en esta tierra.

Esto requiere dejarse conducir por la circulación de la gracia divina. Pues de lo contrario no se puede entrar en la tierra prometida, se permanece siempre en el desierto, y se corre el riesgo de emplear aún más de cuarenta años para salir de él.

A su salida de la tierra de Egipto, el pueblo de Israel se beneficiaba de muchas facilidades para realizar el ambiente del Reino de Dios. Tenía a su alcance muchas manifestaciones exteriores que le permitían sentir la presencia del Eterno y su poder obrando a su favor.

Había la columna de fuego que por la noche alumbraba todo el campo. Naturalmente, esta demostración grandiosa no podía impresionarlos más que en la medida de su fe. Tan pronto como su fe disminuía, la impresión disminuía también.

Para nosotros, actualmente, han pasado las cosas simbólicas. El apóstol Pablo nos dice, hablando de nuestro querido Salvador, que él no atravesó un tabernáculo hecho con mano de hombre, sino un tabernáculo cuyo arquitecto es Dios.

El pasó del lugar santo hasta el lugar santísimo para hacer propiciación a favor de la pobre humanidad caída y miserable. La prueba de que su sacrificio fue aceptado, es que para Pentecostés el espíritu de Dios descendió sobre los discípulos, porque eran capaces de recibirlo.

Estas son cosas maravillosas. Pero desde luego son abstractas para los seres humanos en general, porque sólo pueden ser comprendidas por los que se acercan a Dios y que andan por fe. Se dice del verdadero tabernáculo de Dios que cuando se manifieste entre los hombres, enjugará todas las lágrimas y que la muerte no será más. No habrá más clamores ni dolores, porque las primeras cosas habrán pasado; todas serán hechas nuevas.

Los miembros del real sacerdocio están llamados a dar su vida en sacrificio vivo, santo y agradable, lo que es de su parte un culto razonable, como lo dijo el apóstol Pablo. Sabemos lo que tenemos que hacer para estar a la altura de nuestro ministerio. Por nuestra fe y nuestra actividad en el sacerdocio, por el ambiente que desprendemos, es preciso que manifestemos el tabernáculo de Dios entre los hombres. Así daremos toda satisfacción y bendición al santo Ejército del Eterno.

Actualmente se inicia la restauración de todas las cosas. Finalmente la tierra estará llena del conocimiento del Eterno como las aguas cubren el fondo de los mares. Esta es la gloriosa descripción teórica del plan divino. Ahora tenemos ante nosotros el deber de la ejecución práctica de este maravilloso plan.

Nuestro querido Salvador tomó muy a pecho esta realización. Se ocupó de los que fueron sus asociados, e incluso, en el tiempo actual, se ocupa con un inaudito cuidado de los que quieren asociarse a él en este grandioso ministerio. Por eso, oró a su Padre diciendo: "Padre santo, guarda en tu Nombre a los que me has dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno."

El Señor Jesús se sentía profundamente conmovido al presentar al Eterno a sus muy amados, por quienes iba a dar su vida, y que le seguían en ese momento, y también por aquellos que creerían más tarde en su Nombre y que a su

vez cumplirían con su ministerio de sacerdotes.

Esta obra santa y grandiosa se prosiguió en el transcurso del alto llamado, al margen de toda la cristiandad. La Divina Revelación nos muestra al pequeño rebaño que en ciertas épocas era extremadamente poco numeroso.

El Señor no pudo alabar siempre a los que corrían en la liza, ya veces tuvo que reprenderlos. A Éfeso no le pudo dar la alabanza que dio a Filadelfia, ni a Laodicea la que le dio a Esmirna. Fue necesario un largo lapso de tiempo para escoger a un pueblo que llevase el Nombre del Eterno.

Este escogimiento se hizo con esmero, como lo vemos en las Escrituras. Varios hermanos habían ido a evangelizar, y habían regresado para una reunión en Jerusalén. En ésta tomó la palabra Santiago diciendo: "Simón Pedro ha contado cómo Dios dirigió sus miradas a todas las naciones, para escoger entre ellas a un pueblo que lleve su nombre, y esto concuerda con lo que dicen las Escrituras."

Es infinitamente interesante para nosotros seguir de cerca la historia del pequeño rebaño. De esta manera podemos comprobar que el Señor siempre ha llevado el timón de una manera admirable, dando la posibilidad a todos los que se presentaban, pobres, miserables, ciegos y desnudos, de comprar oro verdadero y un colirio necesario para que vieran, y vestiduras blancas.

Esto el Señor lo recomendó especialmente a Laodicea, pero Laodicea fue rechazada completamente, porque no quiso escuchar. Es desde ese momento que algunos han sido todavía llamados e invitados a afirmar su vocación y su elección, poniendo en esta obra todo su corazón.

Nosotros mismos somos quienes decidimos de nuestra suerte según nuestra manera de conducimos. Se nos presenta el buen combate de la fe que se trata de librar. Es en nuestro corazón que lo libramos. El Señor está deseoso de sostenernos en todas las direcciones a fin de que seamos preservados.

Pero ¿cómo preservar a estos pobres pequeños consagrados que son tan débiles y tan llenos de defectos? Se necesita toda clase de cosas para educarlos. Sin forzarlos ni atropellarlos, hay que conducirlos muy despacio por los senderos de la justicia. Para esto se necesita una paciencia a toda prueba.

Es menester usar de una benevolencia infinita, darles múltiples ejemplos para que puedan comprender bien el programa. Es preciso también dejarlos hacer numerosas experiencias para madurarlos, protegiéndolos a la vez continuamente, procurando que no se extravíen y que la bendición no quede en suspenso.

La gracia que el Señor despliega sobre nosotros es inefable; pero debemos también dejarnos conducir. El Señor no quiere educarnos por fuerza, porque no es su forma de proceder, ni tampoco es así como se llega a ser un hijo. El que lo es, es fiel y dice: "Vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, tu ley está en el fondo de mi corazón." He aquí la situación espiritual que debemos realizar mediante un ejercicio continuo y perseverante.

Para adquirir la seguridad inquebrantable de que la fidelidad es siempre plenamente recompensada, y que el mal produce inevitablemente la decepción y la desgracia, yo mismo tuve que pasar por numerosas experiencias, así me convencí completamente.

En efecto, este es el camino para adquirir

seguridad, no se puede eludir. Se necesitan diversas correcciones, experiencias a veces ásperas, y, por otra parte, la sensación de la bondad de Dios, la manifestación de su perdón en los momentos de debilidad y de desfallecimiento.

Todo esto es indispensable para nuestra madurez espiritual en los caminos divinos. Durante toda esta escuela, el Señor presta un cuidado infinito a sus queridos hijos. Y cuando el Señor guarda, estamos bien guardados.

Tenemos el ejemplo de Lot, cuando tenía que salir de Sodoma. Los sodomitas, que le guardaban rencor, intentaron penetrar en su morada, y buscaron la puerta de la casa durante toda la noche sin encontrarla. Cuando el Señor no quiere, no hay nada que hacer. Si somos alcanzados por algo, es porque hace falta que seamos un poco corregidos. Es solamente para nuestro bien, porque si no, el Señor no lo permitiría.

No corremos, pues, ningún riesgo si nos ponemos bajo la cobertura de la gracia divina. La protección no nos viene del exterior, sino que se opera en nuestro corazón, por medio de la fe. Toca a nosotros ponernos en completo acuerdo con los caminos del Señor, haciendo lo que atrae a nosotros el espíritu de Dios.

El cuerpo de Cristo tiene una sola cabeza, nuestro querido Salvador, y las demás tienen que desaparecer. Por eso, en el Apocalipsis se habla de los consagrados en estos términos: "Los que fueron decapitados por el testimonio de Jesús." Estos son los que han renunciado a sí mismos voluntariamente y que han corrido gozosa y fielmente la maravillosa carrera del alto llamado.

Es de estos verdaderos consagrados que hablaba nuestro querido Salvador cuando dijo: "Padre santo, guarda en tu Nombre a los que me diste." A los que le son dados, él los conoce a todos de antemano y los ama a todos de un amor inalterable. Sólo depende de nosotros llenar las condiciones para formar parte de ellos.

Esto requiere poner a un lado la sequedad de nuestro corazón, dejarnos influenciar por las maravillosas y potentes ondas de la bendición divina. El espíritu de Dios nos ayuda para que podamos llegar a ser más que vencedores por Jesucristo nuestro querido Salvador, que nos amó y que nos rescató a gran precio, dando su vida por nosotros.



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos combatido nuestro egoísmo, orgullo, religiosidad, las resistencias, el antagonismo y los intereses personales?
2. ¿Nos hemos ejercitado en la bondad, la dulzura, el perdón, sido humildes, discretos, un motivo de confortamiento?
3. ¿Hemos aprovechado las lecciones del día para formar las facetas luminosas del amor, progresado en la fe, la sinceridad, el renunciamiento?
4. ¿Hemos sido dóciles en nuestro ministerio, agradecidos, fervientes de espíritu, un poder de consuelo lleno de afecto?
5. ¿Hemos amado en toda ocasión, traído impresiones divinas, aliviado al prójimo, siendo un dispensador de alegría?
6. ¿Nos han encontrado estables las pruebas de fe, y hemos podido ser un productor de paz, vencer un poco al viejo hombre?